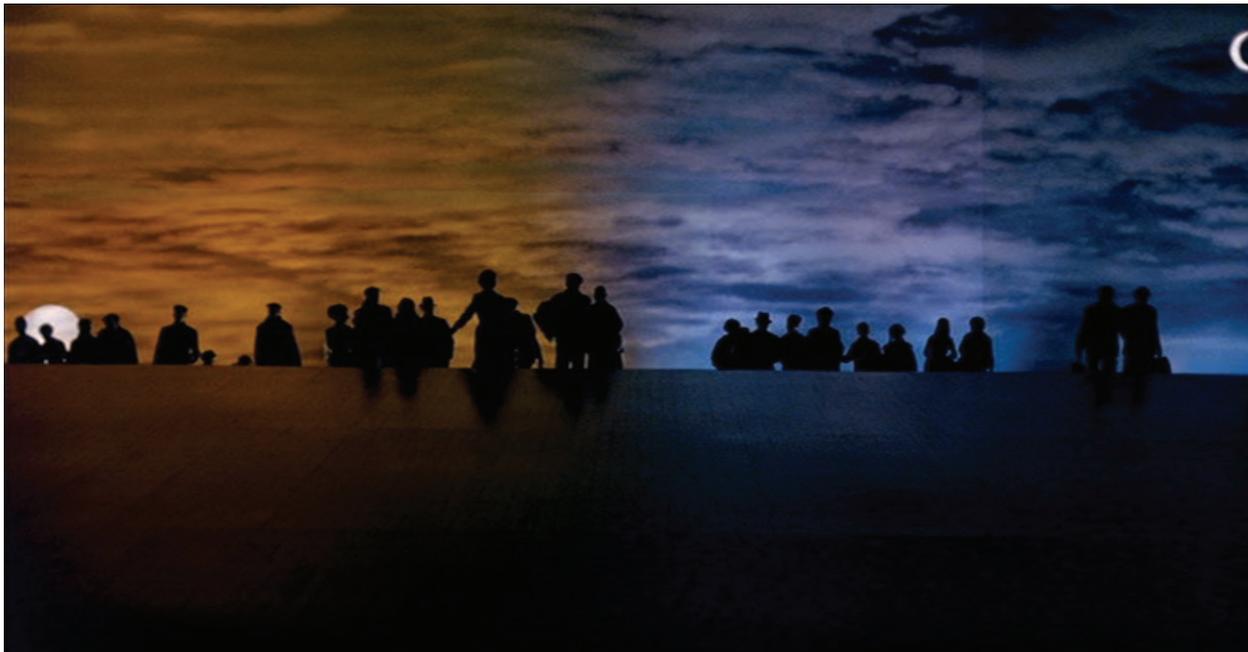


No soy de aquí, ni soy de allá...



1

Lentamente, sobre un fondo tornasolado, con los colores del alba, siluetas en letanía constante emergen con valijas y trastos para ir ubicando sus fatigados cuerpos, delicadamente, sobre las tablas de un escenario inclinado que representa el puerto de los Buenos Aires, en la desembocadura del Río de la Plata. Migrantes, unidos por la idea de pertenecer todos a una cosa propia en este film musical llamado *Tango, no me dejes nunca* (que con sus fotogramas acompañan esta edición) comienzan tímidamente a bailar en grupos al compás de alegres y novedosas melodías que, picarescamente, hacen de esta comunidad heterogénea una admirable cultura con el pasar de los años.

Puerto Madero, a finales del siglo XIX, debió ser un lugar fascinante al cual, de cuando en cuando, fueron atracando los navíos con los migrantes. También lo fue, y lo sabemos, el lugar que atestiguó las faenas nocturnas de malevos danzantes

con dagas en mano, bailoteando al compás de una tonada que apenas sí acertaron a comparar con el espacio-tiempo donde los negros se reunían para bailar: el tango, nombre que también es onomatopeya del sonido del tambor.

Un aire construido con el viento austral de variaciones dramáticas entre agudos y graves sobre una plataforma delicada y lacónica que fusionó la memoria de múltiples pueblos en una nueva lógica. Una lógica que permitía a gente distinta verse parecida y que, en manos del genio de Mar del Plata, Astor Piazzolla, visitó los odeones más excelsos donde suena la música vestida de *frac*, es el motivo, en su centenario, de nuestra *Agenda Cultural Alma Máter* y que cuenta con las colaboraciones de María Susana Azzi, Marta Alicia Pérez Gómez, Juan José Suárez García, Asdrúbal Valencia Giraldo, Absalón Palma, Marcelo Rodríguez Scilla y Memo Ángel.



Migrar ha sido el sino humano desde siempre. Llegar para hacer de la nueva tierra hogar es quizá una de las más prolijas acciones en la creación de nuevas estéticas, formas sociales y lógicas de habitar. Pero, tras cualquier migración siempre se cargará con melancolía la sombra de las calles y parajes dejados atrás que continúan eternamente presentes en los sabores, dejes del habla y ritmos de sus juglares.

Todo esto es escenario de muchas vidas, pero especialmente de un genio que, de estar aún acariciando sigilosamente el bandoneón sobre sus muslos, estaría celebrando su centenario. Astor Piazzolla, para los estudiosos ortodoxos del tango de los años 70 u 80, no era uno de su tribu; de la misma manera, la alta tradición de la música culta tampoco lo dejaba entrar en sus anales. Mientras tanto, el regio músico, arreglista y compositor hacía lo suyo: se fundía como lo hacen los amantes con la pequeña caja y fuelle que al respirar en un solo cuerpo tomó el sentido de la beatitud, de la alegría inmensa que nos hace libres. Piazzolla podría decir lo mismo que su coterráneo Cabral: “No soy de aquí, ni soy de allá”, yo soy el tango.

Tango, no me dejes nunca, largometraje hispano-argentino dirigido por Carlos Saura, y que, al mejor estilo del *mise en abyme*, pone una obra dentro de otra para dejarnos cerca, muy cerca, de los amantes cuerpos que, tratando de encontrarse, se temen, es el material visual que acompaña este sentido homenaje al Ángel del Bandoneón. En la tapa de la *Agenda*, blanco y negro, sonido y silencio bailan encarnados por Julio Bocca y Carlos Rivarola en una magistral secuencia que, con el *tempo* de la tonada *Callambre*, del inconfundible Piazzolla, hace que nuestra piel se enerve, mientras las zapatillas rechinan en el piso, sumando un último instrumento a la melodía.

El tango en Piazzolla, más allá de volverse universal, se convierte en una música *de y para* la humanidad, que reconoce a todos los viajeros y emigrantes como coautores, que entona realidades complejas y sueños aún en ciernes y, en especial, que nos devuelve la energía del pulso vital, del compás de la tierra, ese que cargamos todos en el diapasón del alma.

Oscar Roldán-Alzate